

LA VUELTA A LA MANZANA

ESCRITO POR
MÁRGARA AVERBACH

ILUSTRADO POR
PAULA FRANCO

EDITADO EN ARGENTINA
POR LETRA IMPRESA GRUPO EDITOR

COLECCIÓN
Son Soles





LA VUELTA A LA MANZANA

ESCRITO POR
MÁRGARA AVERBACH

ILUSTRADO POR
PAULA FRANCO

EDITADO EN ARGENTINA
POR LETRA IMPRESA GRUPO EDITOR

COLECCIÓN

*Los
Señores*





LA VUELTA A LA MANZANA

ESCRITO POR
MÁRGARA AVERBACH

ILUSTRADO POR
PAULA FRANCO

EDITADO EN ARGENTINA
POR LETRA IMPRESA GRUPO EDITOR

COLECCION
San Soles



Letra Impresa GRUPO EDITOR



**REALIZACIÓN
LETRA IMPRESA**

**DIRECTORA
DE COLECCIÓN
ELSA PIZZI**

**AUTORA
MÁRGARA
AVERBACH**

**ILUSTRADORA
PAULA FRANCO**

**EDITORA
ELSA PIZZI**

**DISEÑO
FALGIONE** COMUNICACIÓN
VISUAL

© **Letra Impresa Grupo Editor**, 2020

Guaminí 5007, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Teléfono: +54-11-7501-1267
Whatsapp +54-911-3056-9533

contacto@letraimpresa.com.ar / www.letraimpresa.com.ar

AVERBACH, MÁRGARA

LA VUELTA A LA MANZANA / MÁRGARA AVERBACH ; ILUSTRADO POR PAULA
FRANCO. - 1A ED. - CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES : LETRA
IMPRESA GRUPO EDITOR, 2016.

LIBRO DIGITAL, EPUB

ARCHIVO DIGITAL: DESCARGA y ONLINE

ISBN 978-987-1565-85-6

1. NARRATIVA ARGENTINA. 2. NOVELA. I. FRANCO, PAULA, ILUS. II.
TÍTULO.

CDD A863

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

LA VUELTA A LA MANZANA

*A AMBROSETTI Y TOSTADO,
LOS DOS PUEBLOS QUE ME CONOCIERON CUANDO YO
ESTABA EMPEZANDO.*

*A MI HERMANO Y SU FAMILIA,
QUE POR UN TIEMPO ME HICIERON VOLVER AL CAMPO
DE LOS MOLINOS
Y LOS CABALLOS.*

MÁRGARA AVERBACH

*A VECES, CUANDO DAMOS TODA LA VUELTA A LA MANZANA,
VOLVEMOS A UN LUGAR DISTINTO.*

ESCENARIO (1)

No era que la vida dependiera de las manzanas. No en el momento en que empieza esta historia. Las manzanas eran cosa del pasado, eso lo sabían todos. Y del futuro (aunque eso no lo sabía nadie todavía).

–A ver, ¿quién quiere contarnos algo de la historia de Molinos? –habían dicho todos los años las maestras de primaria.

En ese pasado –que, en opinión de Celeste, era puro cuento–, Molinos (un pueblo al que todos llamaban “ciudad”) giraba alrededor de las manzanas color violeta. Un pueblo que había crecido junto al arroyo Seco como si lo sembraran los manzanos: todo, la peatonal de seis cuadras, el gran edificio de la Municipalidad con las dos columnas griegas y las ventanas españolas, la plaza con la enorme manzana de cemento en el medio, la fábrica de dulce y puré de frutas, la escuela secundaria (a la que venían también los chicos de los pueblos vecinos menos los de Rosales, claro, porque ellos tenían dos secundarias propias), todo había crecido alrededor de los árboles. Pero los árboles se habían quemado en una sola noche y habían dejado detrás algo quebrado y muy distinto. Esa historia doble (la de la fundación y la del incendio) se contaba en pruebas y actos escolares, aparecía como tema de composiciones, se desplegaba en las coreografías de las fiestas del club. A Celeste la tenía más que harta.

Para los chicos de la secundaria, Molinos era un pueblo polvoriento con tres tipos de árboles: los sauces, cerca del arroyo; los fresnos, en

algunas calles, y los palos borrachos, en la plaza. Era un pueblo para irse: después de quinto año, la vida quedaba en otra parte. Todos lo sabían.

¿Los manzanos? Una leyenda.

Mientras tanto, al menos para Celeste, que había nacido mucho después del incendio, la vida sin frutas color violeta era maravillosa. Ella era la primera a la que llamaban para los cumpleaños, la que organizaba las excursiones, la que, todos los octubres, salía elegida como mejor compañera.

Muy de vez en cuando, no sabía por qué, se ponía a pensar en la vida de otro tipo de chicas. Ana Reverte, por ejemplo. Ana, la Chueca, acurrucada en el banco, hundida en un libro, en el recreo. Celeste la miraba de lejos y pensaba que, así, ella no hubiera sobrevivido ni medio día. En cierto modo, admiraba la fuerza de esa chica flaca, de ojos negros. No se podía decir que Ana no entendiera las indirectas: desde hacía ya un año, después de ese cumpleaños en el que nadie le había dirigido la palabra, no aceptaba invitaciones. “No puedo”, decía. “Gracias, pero no”. Había desaparecido de las reuniones. No cedía. A Celeste le resultaba muy incómodo pensarse en esa situación. “Yo me arrastraría para que me llamaran”, se confesaba a veces.

No, ella no hubiera podido vivir como Ana. Suponía que Ana ponía todas sus esperanzas en el diciembre lejano en que el curso terminaría quinto año, ese diciembre que la pondría fuera de Molinos con la contundencia de una condena. Después de quinto, nadie se quedaba. Pero cuando llegaba ahí, Celeste se asustaba y se obligaba a dejar de pensar en el asunto.

Fácil de entender: en el momento en que empieza esta historia, ese futuro empezaba a darle algo de espanto. Cuando se animaba a decírselo, sabía que la verdad era que ella quería quedarse. Y además, faltaba mucho. Por ahí, cambiaban las cosas. Ella quería creer en el presente. Solamente en hoy.